

LA EDUCACIÓN INTEGRAL DESDE LA VISIÓN COMPRENSIVA DE VIKTOR FRANKL *

Rafael Acosta Sanabria **

RECIBIDO: 09-07-2022 / ACEPTADO: 11-09-2022 / PUBLICADO: 30-12-2022

Cómo citar: Acosta Sanabria, R. (2022). La educación integral desde la visión comprensiva de Viktor Frankl. *Almanaque*, 40, 41-62.
<https://doi.org/10.58479/almanaque.2022.8>

* Ponencia presentada en el XII Congreso de Investigación y Creación Intelectual. Universidad Metropolitana. Caracas, Mayo 2022.

** Cabimas, Estado Zulia (Venezuela), 1947. Casado. Educador, Profesor Universitario y Escritor. Con estudios de Educación, Filosofía, Derecho Canónico y Teología. Licenciado en Ciencias de la Educación, Doctor en Filosofía y Letras (Sección Educación) y Doctor en Derecho Canónico. Ha desarrollado su labor docente en España, Ecuador, Uruguay y Venezuela. Desde 1999 es Profesor Titular de la Universidad Metropolitana de Caracas en las cátedras de Filosofía, Filosofía de la Persona, Filosofía de la Historia, Filosofía de la Educación, Pensamiento Educativo Venezolano y Ética del Docente. Ha publicado ocho libros y diversos artículos en revistas nacionales e internacionales, entre los que destacan: *Le educación del ser humano: Un reto permanente*; *La Formación Social en la Universidad*, *Humanismo Responsable*, *Visiones del ser humano como persona*, *El dinamismo de la persona humana* y *Ética del Educador*.



CONTENIDO

Introducción	45
Fundamentos filosóficos de la Logoterapia	46
Esferas o dimensiones humanas: ontología dimensional	48
1. Dimensión somática (corporeidad)	50
2. Dimensión psíquica	51
3. Dimensión espiritual	51
La relación entre las tres dimensiones	53
Visión comprensiva del ser humano	55
Educación Integral	57
Atención a la dimensión corporal	57
Atención a la dimensión psíquica	58
Atención a la dimensión espiritual	59
Referencias Bibliográficas	61

Introducción

El pensamiento de Viktor Frankl¹ ofrece a los estudiosos de la educación del ser humano un horizonte amplio y preciso que ayuda a reflexionar sobre la imperiosa necesidad de entender que cada persona es un mundo complejo, cada existencia humana incluye diversas esferas que lo definen y determinan y, concomitantemente, lo refieren al plano existencial concreto. Siguiendo las enseñanzas de su maestro Max Scheler (1874-1928),² identifica a la persona con la dimensión espiritual. Espíritu y persona se expresan como términos sinónimos: “El centro del espíritu, la persona, no es un ser objetivo o material sino una estructura ordenada de actos que continuamente se auto-realiza (esencialmente determinada)” (Scheler, 1964). Entiende también con Scheler que la existencia personal humana consiste en esa autorrealización que se hace efectiva en el transcurso de la historia personal. Para Frankl, la persona no es sólo unidad y totalidad en sí misma, sino que la persona brinda unidad y totalidad: ella presenta la unidad físico-psíquico-espiritual y la totalidad representada por la criatura hombre.

En este artículo nos proponemos ofrecer una propuesta que favorezca la comprensión y la concreción de lo que significa la educación integral del ser humano, desde la perspectiva antropológica de Frankl. Para ello analizaremos la ontología dimensional que incluye el estudio de cada una de las dimensiones humanas, para ofrecer con precisión la visión comprensiva que ofrece el autor y su aplicación en el terreno de la educación integral. Pero antes, haremos referencia a la fundamentación filosófica de la Logoterapia para enmarcar el pensamiento del autor y comprender en profundidad sus planteamientos.

1 Nació en Viena el 26 de marzo de 1905, en el seno de una familia judía practicante. En el año de 1927 entró en contacto con el pensamiento de un filósofo que influyó de un modo particular en su pensamiento antropológico: Max Scheler, especialmente con tres de sus obras: *Ética*, *El puesto del hombre en el cosmos* y *De lo Eterno del hombre*. Se doctoró en medicina en el año 1930. De 1942 a 1945 estuvo recluido en cuatro campos de concentración, incluyendo Auschwitz; la mayoría de sus familiares, (su esposa, sus padres, su hermano y su cuñada) no sobrevivieron al holocausto Nazi. Fue profesor de neurología y de psiquiatría de la Universidad de Viena. A partir de 1961, Frankl ejerció como profesor en los Estados Unidos, en las Universidades de Harvard, Stanford, Dallas, Pittsburg y San Diego. Fundador de la Logoterapia, escuela vienesa de psicoterapia. Escribió más de una treintena de libros referidos a la logoterapia y el análisis existencial. Frankl falleció de un fallo cardíaco en su ciudad natal el 2 de septiembre de 1997.

2 Filósofo alemán, autor de diversas obras cuyos temas centrales giran alrededor de la ética, los valores y la antropología filosófica, aunque también incursionó en la sociología, la filosofía de la religión y la teología.

Fundamentos filosóficos de la Logoterapia

En toda teoría (pedagógica, psicológica, Sociológica, etc.) subyace siempre una visión del ser humano y de la realidad. Como lo expresa claramente Frankl en su libro *Psicoanálisis y existencialismo* (2001: 18), la logoterapia se basa en una “teoría explícita de la vida”. Y de un modo más preciso, en tres ideas entrelazadas: la libertad de la voluntad, la libertad de sentido y el sentido de la vida.

La libertad de la voluntad. Desde una perspectiva fenomenológica (Husserl),³ Frankl explica que la libertad de la voluntad ha sido negada de dos maneras: una, por quienes sufren el engaño de creer que su voluntad está manipulada y sus pensamientos controlados por otros, y otra, por quienes mantienen una postura determinista que niega la posibilidad de desligarse de las imposiciones biológicas, psíquicas o culturales.

Huelga decir que la libertad de un ser finito como el hombre es una libertad con límites. El hombre no está libre de condicionantes, sean biológicos, psicológicos o de naturaleza sociológica. Pero el hombre es y sigue siendo libre de tomar posiciones con respecto a estos condicionantes; siempre conserva la libertad de decidir su actitud para con ellos. El hombre es libre de elevarse por encima del nivel de los determinantes somáticos y psíquicos de su existencia. (2001: 19).

Frankl enseña que el ser humano puede elevarse por encima de esos condicionantes biológicos o psicológicos porque tiene la capacidad de trascenderlos debido a la dimensión noética (espiritual) que posee.

El hombre es un ser capaz de reflexionar sobre sí mismo y hasta de rechazarse. Puede ser su propio juez, el juez de sus propios actos. En suma, los fenómenos específicamente humanos vinculados entre sí –la conciencia y la autoconciencia– no serían comprensibles a menos que entendamos al hombre como un ser capaz de distanciarse de sí mismo, abandonando el plano de lo biológico y lo psicológico para pasar al espacio de lo noológico (Ibídem).

La libertad de sentido. Frankl parte de la afirmación de que la persona “solo se actualiza a sí misma en la medida en que realiza sentidos” (Ibíd.: 19-20). Esto significa que la autoactualización (autorrealización) no es un fin en sí misma; el ser humano se vuelve sobre sí mismo, se ocupa de sí mismo, después de equivocarse su misión, tras fracasar en la búsqueda del sentido de la vida (Ibíd.: 24). Pero (...) en realidad nadie puede, luchar por su identidad de un modo directo; encontramos más bien nuestra identidad en la medida en que nos comprometemos con algo que está más allá de nosotros, con una causa mayor que uno mismo (Ibíd.: 25).

La pregunta clave en este orden de pensamientos es esta: ¿Debería el hombre únicamente desarrollar sus potencialidades internas o –como también suele decirse– expresarse a sí mismo? En el fondo de este planteamiento se encuentra la contraposición entre lo que somos

3 Frankl entiende en este contexto la fenomenología como el “lenguaje de la autocomprensión humana prerreflexiva que no interpreta un determinado fenómeno según pautas preconcebidas” (2001: 18).

y lo que debemos ser, entre la existencia y la esencia, entre el ser y el sentido. Esta tensión es inherente al ser humano, indispensable para su crecimiento armonioso y sano.

Por ello hemos comenzado por la orientación del hombre al sentido, es decir, por su voluntad de sentido y hemos llegado ahora a otro problema, a saber: su confrontación con el sentido. La primera cuestión remite a lo que el hombre básicamente es: orientado al sentido; la segunda remite a lo que *debe ser*, confrontado con el sentido (Ibíd.: 26).

Esa confrontación es el camino apropiado para el desarrollo humano. El sentido es algo que está más allá de uno mismo, no se agota en sí mismo ni se identifica consigo mismo, se abre al otro (a los otros, a la otredad). “Dicho de otra manera, el sentido no ha de coincidir con el ser; el sentido va por delante del ser. El sentido marca la pauta al ser. La existencia se quiebra a menos que sea vivida en términos de trascendencia hacia algo más allá de sí misma” (Ibíd.: 27).

Como consecuencia de esa confrontación con el sentido, la persona madura y su libertad se transforma en responsabilidad: El hombre es responsable de la realización del sentido de su vida personal. Y también es responsable ante su propia conciencia, ante la sociedad, ante la humanidad y ante Dios.

El sentido de la vida. El ser humano, visto desde la óptica fenomenológica, encuentra sentido a su vida no solo por lo que hace, sino también por sus experiencias, “sus encuentros con lo verdadero, bueno y bello del mundo (...) y por sus encuentros con los demás” (Ibíd.: 29).

La vida puede cobrar sentido de tres maneras: primero, por *lo que damos* a la vida (en términos de obras creativas); segundo, por *lo que tomamos* del mundo (en términos de nuestra experiencia de valores); y tercero, por *el planteamiento que hacemos* ante un destino que ya no podemos cambiar (una enfermedad incurable, un cáncer inoperable o cosas por el estilo) (Ibíd.: 30).

Por tanto, la voluntad de sentido solo puede manifestarse si el sentido mismo puede ser entendido como algo que es esencialmente más que la mera autoexpresión de ella (Ibíd.: 31).

Ahora bien, es importante recalcar que: “El sentido de la vida debe concebirse en cuanto sentido específico de una vida personal en una situación concreta. Cada hombre es único y cada vida humana es singular; nadie es reemplazable ni ninguna vida es repetible” (Ibíd.: 31-32).

Todo ello acrecienta la responsabilidad de cada ser humano. La vida humana incluye preguntas que la persona debe responder respondiendo de su vida, tomando decisiones. Eso no significa que siempre será capaz de encontrar o dar con la respuesta adecuada para cada situación o encontrar el verdadero sentido de su existencia. Cada persona ha de asumir el riesgo de equivocarse, porque nadie está exento de error.

Esferas o dimensiones humanas: ontología dimensional

Para comprender la visión de Frankl sobre el ser humano, resulta importante entender que además de ser psiquiatra y fundador de la Logoterapia⁴, Frankl es, además, filósofo, un pensador que ofrece una visión integral de la persona cuya profundidad es evidente; sus planteamientos tienen su fundamentación en la vida cotidiana, en el dolor y la enfermedad, en el esfuerzo que los seres humanos ponen para encontrar sentido a lo que hacen, en la razón e incluso en la fe.

En su obra *Psicoanálisis y existencialismo*, Frankl afirma que “el análisis existencial pone de relieve el carácter múltiple del cuerpo-mente-espíritu en el interior de la existencia humana. Lo hace para ser capaz de apelar a lo que se llama en logoterapia el poder desafiador del espíritu del hombre” (2001: 139). Por ello, establece que:

El análisis existencial intenta ser no solo un análisis de la persona concreta, esto es, un análisis en el sentido óntico, sino también un análisis en el sentido ontológico; en otras palabras, intenta ser un análisis y una explicación, el despliegue de la esencia de la existencia personal, además de un autodespliegue de la existencia personal tal como se desarrolla en la vida y es hecha visible por las biografías (Ibídem).

Es importante resaltar la relación entre la existencia humana y la trascendencia: “Quiere decir esto que el hombre trasciende su medio para alcanzar el mundo; y más que esto, también trasciende su ser hacia un *deber ser*” (Ibídem.: 140). Esto significa que el ser humano se eleva sobre el nivel somático y el nivel psíquico y entra en el nivel noético o espiritual. Los niveles somático y psíquico representan solo dos dimensiones, pero la dimensión genuina del ser humano es la espiritual. Desde esta perspectiva, Frankl entiende que:

Elevar la espiritualidad por encima de la propia condición psicofísica podría ser también llamado el acto existencial. Mediante este mismo acto el hombre se abre a la dimensión noológica del ser, adentrándose en ella; más aún, incluso crea esta dimensión a modo de una dimensión suya (Ibídem.: 140).

Como puede apreciarse, todo el planteamiento acerca de las dimensiones humanas es estudiado por Frankl bajo este enfoque denominado ontología dimensional.

Como puede verse, estoy hablando de dimensiones y no, como suele hacerse formalmente y por lo general, de estratos de ser. Pues, en mi opinión, la única manera de hacer frente al problema psicofísico de épocas pasadas en el hombre sin disgregar su totalidad y su unidad parece ser este enfoque que yo

4 La logoterapia no es solo un método terapéutico o clínico, sino también una teoría sobre la realidad humana, por tanto, es una antropología filosófica que parte de una cosmovisión filosófica, que expresa un estilo de vida y que niega los reduccionismos (biológicos, psicológicos, sociológicos y espiritualistas). Es también, una terapia realizada desde la filosofía, es decir, que es una teoría que aplica conceptos filosóficos a la tarea psicoterapéutica.

he denominado ontología dimensional. Esto quiere decir que ya no hablamos más de estratos físicos, psíquicos y espirituales, porque, en el momento en que lo hagamos, se entiende que estos estratos pueden separarse unos de otros. Por otro lado, si intentamos entender cuerpo, psique y mente como otras tantas dimensiones de un único y mismo ser, no se destruye en lo más mínimo su totalidad. Esta interpretación dimensional evita que se vea el fenómeno integral como si se estuviera compuesto por diversos elementos (2001: 141).

Frankl posee una concepción filosófica unitaria del ser humano: unidad antropológica en la multiplicidad ontológica. Para explicarlo, expone en su ontología dimensional una analogía geométrica, a partir de dos leyes (1987: 153-154):⁵

- 1^a) *Una misma cosa, proyectada desde su dimensión a diversas dimensiones inferiores, se disocia en figuras que se contradicen entre sí.* En lo referente al ser humano, cuando lo proyectamos en el plano biológico observamos fenómenos somáticos (propios de este plano), y si lo hacemos en el plano psicológico observamos fenómenos psíquicos. Pero esto no contradice la unidad del hombre, sólo nos demuestra sus diversos modos de ser, los cuales quedan conjuntados en una dimensión mayor, la espiritual, la cual abarca todos los planos de ese ser.
- 2^a) *Diversas cosas (no una misma) proyectadas desde su dimensión (no en diversas dimensiones, sino) a una misma dimensión inferior, dan lugar a figuras (no contradictorias entre sí, sino) que son polivalentes.* En este caso, si proyectamos a diversas personas en un solo plano, reducimos su ser a una sola dimensión y si desde allí tratamos de explicar a estos seres, corremos el riesgo de reducirlo sólo a esa dimensión y además de borrar su individualidad, pues todos quedan así uniformados por nuestra sola concepción, que por lo demás no es sino una, y solo una, forma de enfocar la cuestión.

Este planteamiento relativo a las tres esferas o dimensiones humanas, expuesta a lo largo de sus obras, conecta con los escritos de Hartmann⁶: el ser humano se compone de tres esferas, la somática, que implica el aspecto físico y la interacción psicofísica; la psíquica, que hace referencia a lo instintivo y a lo psicodinámico, y la espiritual, que expresa el valor propio de lo humano: una unidad en la totalidad de lo humano.

Frankl, además, parte de la idea que el ser humano no está acabado, definido en su concreción individual, sino que constantemente está construyendo su personalidad por medio de la búsqueda de sentido.⁷ El ser humano como persona representa una totalidad corpóreo-anímica-espiritual que constituye una unidad dinámica interrelacionada: “Nunca se insistirá lo bastante en esta unidad y totalidad, ya que no afirmamos en modo alguno que el hombre esté

5 Véase también *La voluntad de sentido*.

6 Cf. *Ontología III. La fábrica del mundo real*.

7 “El hombre está siempre orientado y ordenado a algo que no es él mismo; ya sea un sentido que ha de cumplir ya sea otro ser humano con el que se encuentra. En una u otra forma, el hecho de ser hombre apunta siempre más allá de uno mismo” (1987: 11).

compuesto de cuerpo, alma y espíritu. Todo está unificado; pero sólo lo espiritual constituye y garantiza lo «uno» (1987: 137).

En la base de este planteamiento, encontramos una explicación clave: la unidad del ser humano no consiste en una simple unión de tres elementos (cuerpo, alma y espíritu), sino de un «diálogo» que sostiene lo espiritual con lo corporal y lo psíquico:

(...) el hombre como espíritu está siempre adoptando una postura ante sí mismo en cuanto cuerpo y alma; el hombre como espíritu se enfrenta siempre consigo mismo en cuanto cuerpo y alma. Lo que él tiene frente a sí es el cuerpo y el alma; lo que «es» frente al cuerpo y el alma es el espíritu (1987: 137).

1. Dimensión somática (corporeidad)

En ser humano, afirma Frankl, está condicionado en su modo de ser principalmente por la corporeidad, por su existencia corporal, modo de ser imprevisible y, por tanto contingente, pues no depende ni de la persona misma ni de sus generantes: “El hombre está condicionado principalmente en su corporeidad, en su existencia corporal. Pero no está «ahí» como caído del cielo, sino que fue engendrado y nació: fueron sus padres, y no él mismo, los que le hicieron existir corporalmente” (Ibíd.: 137).

Frankl habla del modo de ser, mas no de la existencia. Se refiere al «cómo» del ser de los hijos, que es claramente imprevisible y contingente. Su modo de ser corporal, por tanto, es “fruto del azar”. Aunque los padres, al generar una nueva creatura, prestan sus cromosomas que determinan el elemento psicofísico, no le infunden el espíritu, por tanto, no crean la persona espiritual (1987: 140). Los padres transmiten a los hijos una posibilidad corpóreo-anímica, una potencia psico-física, más no la libertad espiritual propia de cada persona (Ibíd.: 141).

La dimensión corporal o somática está constituida por las operaciones orgánicas básicas. Incluye las operaciones biológicas, los procesos fisiológicos y las disposiciones vitales análogos a los de cualquier otro mamífero. Este nivel está constituido por ciertas funciones orgánicas que se dan en el individuo biológicamente considerado, por el solo hecho de estar vivo, y que son las funciones básicas vegetativas: crecimiento, alimentación, generación, etc., dirigidas, por tanto, a la conservación y el autodesarrollo del individuo.

2. Dimensión psíquica

La dimensión psíquica está constituida por las operaciones sensitivas. Son aquellas funciones orgánicas que se efectúan a través de los sentidos. Esas funciones orgánicas sensitivas son el resultado de las operaciones biológicas y de la adaptación al medio ambiente, y exigen diversas operaciones psíquicas ligadas a la sensibilidad animal; aspectos sensibles que se refieren a las tendencias básicas del individuo, manifestados especialmente en los instintos

básicos de conservación: nutrición y reproducción. En este segundo nivel se sitúan las funciones de los cinco sentidos exteriores del ser humano, que son la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, y en donde se lleva a cabo la síntesis sensorial mediante la configuración y síntesis perceptiva de los sentidos internos: el sentido común, la imaginación, la cogitativa y la memoria, siguiendo la terminología aristotélico-tomista. El desarrollo de estas funciones de base instintiva en los animales se lleva a cabo de manera natural; en cambio, en los seres humanos son objeto de aprendizaje y humanización, aunque su base orgánico-fisiológica sea anterior en sus aspectos elementales o básicos; requieren ser y son susceptibles de educarse bajo el influjo de la inteligencia y la voluntad. En este nivel se sitúa también el ejercicio de las capacidades motoras del individuo, que se mueve para alcanzar sus deseos y necesidades, que le permiten conservar su vida, y evitar lo que pone su vida en peligro; nos referimos a los impulsos básicos, como el de la agresividad.

Las sensaciones o percepciones que comienzan por los cinco sentidos externos, se internalizan a través de los sentidos internos. En este plano podemos distinguir aspectos de la sensibilidad que se relacionan con las facultades de tipo sensitivo-racional. Dichos aspectos son los relacionados con la experiencia, así como con la atribución y comprensión de significado de los eventos sensibles ya vividos (memoria). Estos recuerdos y experiencias que se fijan en el intelecto, se relacionan con los impulsos de agresividad o de deseo, que en un segundo momento se relacionarán o fijarán en la voluntad.

3. Dimensión espiritual

Esta dimensión, también llamada noética, está constituida por las operaciones inorgánicas. Son aquellas realizadas por medio de la inteligencia y la voluntad. La inteligencia busca la verdad de las cosas y de la realidad; en esa búsqueda encuentra el bien en cuanto verdadero y lo presenta a la voluntad como un bien universal hacia el que ésta debe dirigirse. Es aquí donde se produce entonces el acto volitivo, o sea la decisión. Una vez alcanzada la verdad y poseído el bien, el ser humano perfecciona su naturaleza. La voluntad, en cuanto fuerza o potencia que determina al ser humano a ser de determinada manera, conforme con su perfección u opuesta a ella, produce o los hábitos buenos denominados virtudes, o los hábitos malos, denominados vicios.

Frankl, en otra de sus obras, *Ante el vacío existencial*, señala que el ser humano no es sólo biología y psiquismo (como los animales), sino que fundamentalmente es espíritu, posee espiritualidad, la cual constituye la dimensión propia y específicamente humana:

La persona no es sólo unidad y totalidad en sí misma, sino que la persona brinda unidad y totalidad: ella presenta la unidad físico-psíquico-espiritual y la totalidad representada por la criatura «hombre». Esta unidad y totalidad sólo será brindada, fundada y dispensada por la persona. El hombre es un punto de interacción de tres niveles (o dimensiones) de existencia, pues es una totalidad, pero dentro de esta unidad, lo espiritual del hombre se contrapone a lo físico y lo psíquico (antagonismo noo-psíquico) (1990b: 112).

La unidad psicofísica se opone a la dimensión espiritual: la persona, en tanto que espiritual, está siempre tomando postura ante sí mismo en cuanto cuerpo y alma. Lo espiritual se refiere, por tanto, a la facultad de la persona de ponerse a distancia de sí misma, de sus propias determinaciones psíquicas y físicas (1991: 113).

Es por esta dimensión espiritual por la que el ser humano puede trascender el mundo físico y plantearse temas como la libertad, la responsabilidad, los valores, el sentido de la vida y del trabajo, la religiosidad, etc.

El hombre trasciende su medio para alcanzar el mundo; y más que esto, también trasciende su ser hacia un *deber ser*. Cuando el hombre hace esto, se eleva por encima del nivel de lo somático y de lo psíquico y entra en la esfera de lo genuinamente humano. Esta esfera la constituye una nueva dimensión, lo noético, la dimensión del espíritu (2001: 140).

La espiritualidad humana se manifiesta ampliamente por nuestra experiencia, a través de capacidades humanas que trascienden el nivel de la dimensión material:

- a) En el ámbito cognitivo: la capacidad de abstraer, de razonar, de argumentar, de conocer la verdad y de enunciarla en un lenguaje.
- b) En el ámbito volitivo: la capacidad de querer, de autodeterminarse libremente, de actuar en vistas a un fin conocido intelectualmente, etc.
- c) En ambos ámbitos: la capacidad de auto-reflexión, de modo que podemos conocer nuestros propios conocimientos (conocer que conocemos) y querer nuestros propios actos de querer (querer querer).

Como consecuencia de estas capacidades, nuestro conocimiento se encuentra abierto hacia toda la realidad, sin límite (aunque los conocimientos particulares sean siempre limitados); nuestro querer tiende hacia el bien absoluto, y no se conforma con ningún bien limitado; y podemos descubrir el sentido de nuestra vida, e incluso darle libremente un sentido, proyectando el futuro.

Por todo lo anterior, Frankl afirmará que la dimensión espiritual es la dimensión más específicamente humana; es la dimensión «fundante» de la realidad humana.⁸

En definitiva, según Frankl, es posible reconocer en el ser humano tres dimensiones: la biológica, la psicosocial y la espiritual; las tres conforman lo que el autor denomina: «ontología tridimensional»:

8 Es importante aclarar, como lo hace Frankl, que esta afirmación no supone aceptar el espiritualismo como doctrina filosófica. Frankl explica que así como el materialismo “reduce la realidad, el ser, al mundo, a algo físico, el espiritualismo deduce el mundo de lo espiritual” (1987: 97). La postura de Frankl es clara al hablar de las tres dimensiones íntimamente unidas, inseparables.

El hombre, en tanto que espíritu, existe como persona; pero en este sentido cabe afirmar que su existencia personal es de una triple clase: es una existencia unitaria, es una existencia total y es una existencia siempre nueva. La existencia, como unitaria o una, es indivisible; como existencia total, es infusible; y como nueva, es intransferible (1987: 143).

La relación entre las tres dimensiones

La relación entre las tres dimensiones es absoluta: cada una presupone la anterior y, además, está posibilitado y condicionado por ella. Lo espiritual encuentra en lo biológico y lo psicosocial su instrumento de expresión, (1987: 131), pero ella misma no es un epifenómeno de lo biológico o de lo psicológico sino que es una dimensión fundante de la realidad del hombre. Sin embargo, lo estrictamente personal es la dimensión espiritual. Lo espiritual es lo que personaliza la unidad psico-somática: “Si se proyecta al hombre desde el ámbito espiritual, que le corresponde naturalmente, al plano de lo meramente psíquico o físico, se sacrifica no sólo una dimensión, sino justamente la dimensión humana” (1991:112).

La esfera o dimensión somática es mucho más que lo físico, porque desborda lo físico teniendo en cuenta que está inmerso en lo psíquico.

¿Qué relación guarda la dimensión somática con la persona? Frankl explica:

La relación entre la persona y el organismo somático es una relación instrumental; el espíritu instrumentaliza lo psicofísico; la persona maneja el organismo psicofísico, lo hace «suyo» haciéndolo herramienta, *organon*, instrumento. La persona se relaciona con su organismo como el músico con el «instrumento». (1987: 131).

El hombre «tiene» cuerpo y alma, pero «es» espíritu. Cabe decir también que el cuerpo y el alma le tienen a él, al hombre, ya que el hombre es in-condicionado sólo en cuanto es espíritu: como hombre, no deja de ser condicionado” (1987: 137).

Por ello, “(...) el hombre está, además, condicionado en su modo de ser corporal (...) Hablamos del modo de ser, no de la existencia” (ibídem). El cuerpo, además de ser condicionante, es, también posibilitante: es apertura para que algo confiera forma a esta posibilidad: “El organismo se revela así como el material que aguarda a ser conformado (Ibíd.:145).

De la misma manera que lo psíquico actualiza y determina lo somático, el espíritu individualiza el organismo psico-físico. A esto se añade que lo psíquico se expresa en lo físico personal. Y la unidad psico-física se realiza por la acción del espíritu: “lo corporal posibilita la realización psíquica de una exigencia espiritual” (Ibíd.:136).

Dicho lo anterior, podemos entender a plenitud el siguiente texto de Frankl:

Está claro que con cada ser humano que viene al mundo adquiere realidad algo absolutamente nuevo, ya que la existencia espiritual es intransferible, no es transmisible de los padres al niño. Lo único transferible es una posibilidad corpóreo-anímica, una potencia psico-física; lo único reproducible es el campo de acción corpóreo-anímico, no la libertad espiritual dentro de él; lo único reproducible son los límites psicofísicos, no lo que va a ocuparlos. Lo único reproducible son los materiales de construcción, no el arquitecto (Ibíd.:141).

La antropología de Frankl, no solo tiene el mérito de incorporar la dimensión espiritual a lo humano y las consecuencias prácticas que de ello derivan en términos médicos o psicológicos, sino que brinda una respuesta muy interesante al problema siempre vigente de la dualidad mente-cuerpo. Frankl supera la aparente contradicción del dualismo, proponiendo una idea de hombre que se sustenta en lo que él llama la «unidad en la multiplicidad»: el hombre es uno pero tiene varias dimensiones que coexisten en la unidad de lo humano.

Frente a los condicionamientos psicofísicos, lo espiritual se abre como lo facultativo en el ser humano, como aquello que no siendo puede ser, aun «a pesar de». Lo espiritual es ese espacio desde el cual se eligen aquellas opciones que irán construyendo la existencia personal. Para Frankl el ser humano es un gerundio permanente, es un «ser siendo», arquitecto de su vida a partir de sus elecciones.

Frankl es claro y tajante al defender la no condicionalidad del espíritu a lo somático y a lo psíquico. Al referirse a las enfermedades psicofísicas, establece que:

La enfermedad psicofísica puede perturbar, mas no destruir, a la persona. Lo que la enfermedad puede destruir es el organismo psicofísico. Este organismo constituye el campo de acción y el campo de expresión de la persona. El desarreglo del organismo significa, en consecuencia, nada menos, pero nada más, que un bloqueo del acceso a la persona (Ibíd.: 134).

Eso significa, entonces, que:

El espíritu no está totalmente condicionado por lo corporal; lo que se manifiesta en él no es una condicionalidad absoluta, sino un margen de libertad: su relativa independencia o, en expresión de Nicolai Hartmann, la «autonomía a pesar de la dependencia» (Ibídem).

La conclusión es determinante, pues la persona posee y mantiene, frente a los condicionantes psicofísicos, su libertad y su espiritualidad.

Como colofón de este apartado, el mismo Frankl nos dice:

(...) lo corporal es mera posibilidad. Como tal, está abierto a algo que puede realizar esta posibilidad, ya que una posibilidad corporal no es sino un molde vacío dispuesto en el plano biológico, un molde que espera ser llenado de algo.

En este sentido no sólo lo somático está abierto a lo psíquico, sino que también lo psíquico está abierto a lo espiritual. (...) lo corporal (como mera posibilidad) necesita de lo psíquico (como su realización) y finalmente de lo espiritual (como su plenitud), esta doble conexión puede enunciarse en el principio condicional y causal combinado: si algo es «posible» corporalmente, se «realiza» psíquicamente porque es una «necesidad» espiritual (Ibíd.: 136).

Visión comprensiva del ser humano

Teniendo en cuenta lo expresado en la ontología dimensional, podemos comprender las tesis fundamentales de Viktor Frankl sobre el ser humano entendido como persona, señaladas principalmente en dos de sus principales obras: *La voluntad de sentido* y *El hombre doliente*. Y las resumimos de la siguiente manera:

La persona es un individuo: la persona es algo que no admite partición, no se puede subdividir, escindir, porque es una unidad:

El hombre, en tanto que espíritu, existe como persona; pero en este sentido cabe afirmar que su existencia personal es de una triple clase: es una existencia unitaria, es una existencia total y es una existencia siempre nueva. La existencia, como unitaria o una, es indivisible; como existencia total, es infusible; y como nueva, es intransferible. En estricta oposición a su facticidad psicofísica, la persona espiritual-existencial del ser humano es un in-dividuo, un in-sumable y un *novum*. (1987:143).

La persona, por tanto, no es sólo un «individuum», sino que es también «insumabile»: no se puede partir ni agregar porque no es sólo unidad sino que es también una totalidad. Como tal, tampoco puede incorporarse en clasificaciones incluyentes, como son, en la masa, en la clase o en la raza: todas estas unidades o totalidades, que representan jerarquías en que se engloba al hombre no son entidades personales, sino a lo sumo pseudopersonales. “La persona «no es divisible ni sumable». Su unidad no le permite la divisibilidad, y su totalidad tampoco le permite la sumabilidad. Esto explica que el ser humano no sólo sea una absoluta novedad, sino también un «in-dividuo» absoluto y un «insumable» absoluto” (Ibíd.: 142).

Por tanto, cada persona es absolutamente un ser nuevo: con cada persona que viene al mundo, se inserta en la existencia un nuevo ser.

La persona es espiritual: por su carácter la persona espiritual se halla en contraposición con el organismo psicofísico. La persona necesita de su organismo para actuar y expresarse; por lo tanto, como instrumento que es, constituye un medio para un fin y, como tal, tiene un valor utilitario. El concepto opuesto al de valor utilitario es el concepto de «dignidad». Ella pertenece sólo a la persona, le corresponde naturalmente, independiente de toda utilidad social o vital.

La persona es existencial: el hombre, en cuanto persona, no es un ser fáctico sino un ser facultativo. Él existe de acuerdo con su propia posibilidad para la cual o contra la cual puede decidirse. Ser hombre es ante todo, ser responsable. Con eso también se significa que es más que meramente libre: en la responsabilidad se incluye el para qué de la libertad humana, en favor de qué o contra qué se decide. La persona está, no determinada por sus instintos, sino orientada hacia el sentido. No aspira al placer sino a los valores.

La persona es yoica: no responde al ello, no se halla bajo la dictadura del ello: la persona, el «yo» no se puede derivar del «ello» por lo instintivo, ni dinámica ni genéticamente. La persona no es sólo unidad y totalidad en sí misma, sino que la persona brinda unidad y totalidad: ella presenta la unidad físico-psíquico-espiritual y la totalidad representada por la criatura hombre. Esta unidad y esta totalidad se constituyen, se fundan y se garantizan solamente por la persona. Conocemos a la persona espiritual sólo en coexistencia con su organismo psicofísico.

La persona es dinámica: justamente por su capacidad de distanciarse y apartarse de lo psicofísico es que se manifiesta lo espiritual. Por ser dinámica no debemos hipostasiar a la persona espiritual, y por eso no podemos calificarla de substancia, por lo menos no en el sentido corriente. Existir significa salirse de sí mismo y enfrentarse consigo mismo y eso lo hace la persona espiritual en cuanto se enfrenta como persona espiritual a sí misma como organismo psicofísico. Sólo este autodistanciamiento de sí mismo como organismo psicofísico constituye a la persona espiritual como tal, como espíritu. Únicamente cuando el hombre entabla un diálogo consigo mismo, se desglosa lo espiritual de lo psicofísico.⁹

La persona es trascendente: no se comprende a sí misma sino desde el punto de vista de la trascendencia: el ser humano es tal, sólo en la medida en que se comprende desde la trascendencia. El ser humano sólo es persona en la medida en que la trascendencia lo hace persona; y esta llamada lo recibe en la conciencia.

La persona es una unidad: Frankl concibe al ser humano como:

Unidad a pesar de la diversidad. Porque hay unidad antropológica a pesar de las diferencias ontológicas, a pesar de las diferencias entre las modalidades diferenciables del ser. La marca característica de la existencia humana es la coexistencia entre su unidad antropológica y sus diferencias ontológicas, entre la forma unitaria de ser que tiene el hombre y las modalidades diferenciables del ser, de las que participa aquélla (2001: 48-54).

9 Como consecuencia de lo afirmado hasta ahora, se entiende que el animal no es persona: porque no es capaz de trascenderse y de enfrentarse a sí mismo. Así como el animal desde su entorno no puede entender el mundo humano, el ser humano tampoco puede aprehender el mundo superior, excepto por el camino de la fe.

Educación Integral

Teniendo como referencia lo expresado a lo largo de este trabajo, podemos ofrecer una propuesta que facilite y ayude a comprender el contenido de la educación integral e integradora relativa al ser humano.

El ser humano es devenir y, por lo tanto, es educación. (...) El hombre «tiene» cuerpo y alma (biología y sociedad), pero «es» espíritu. Es la diferencia entre el «tener» y el «ser». Desde el punto de vista de la educación la diferencia anterior resulta importante. La acción educativa no puede limitarse a incidir en el ser humano en el ámbito del «tener» (conocimientos, actitudes, hábitos, habilidades...), sino también y principalmente en el «ser», en la construcción del «espíritu», porque solamente por éste somos únicos e irrepetibles. El ser humano es «educación permanente», y solamente la muerte puede significar el fin de la educación (Mèlich, 1994: 97).

Además, por todo lo expuesto anteriormente, debemos tener presente que al educar al ser humano las tres dimensiones han de estar en permanente unión; pretender resaltar una de ellas en detrimento de las otras sería en error de funestas consecuencias.

La educación debe considerar y abarcar las tres dimensiones humanas señaladas por Frankl: somática, psíquica y espiritual. Abordar estas dimensiones en el quehacer educativo supone entender la unidad intrínseca de la persona humana. Además, es imprescindible tener en cuenta que cada ser humano, cada persona, cada educando, es un ser nuevo, único, es un individuo irrepetible que vale por sí mismo y que no depende, en su ser persona, de otra realidad. Como dijimos antes, es una existencia unitaria, una existencia total y una existencia siempre nueva.

Atención a la dimensión corporal

En todo proceso educativo se debe tener en cuenta que cada ser humano tiene su propia experiencia de la corporeidad:

El cuerpo, con sus peculiares características, nos es dado, pero cada persona convierte esa facticidad en modos de vida. El ser humano no inventa su corporeidad, sino que se halla viviendo en un cuerpo que no ha elegido. Sin embargo, la manera de reaccionar ante esa facticidad depende de cada uno: aceptándola o rechazándola; la relación de cada uno con su cuerpo determina en gran medida su realización personal. La percepción y el conocimiento del propio cuerpo hace posible entender nuestra contingencia e incluso nuestra indigencia, especialmente porque descubrimos su precariedad y debilidad. Así, por ejemplo, el dolor, el sufrimiento, la enfermedad, los padecimientos físicos

tienen gran influencia en los estados anímicos de la persona, es decir, en su propia interioridad. (Acosta Sanabria, 2010: 213).

Por todo ello, no dudamos en afirmar que:

Conocer y entender la corporeidad es un requisito indispensable para la construcción de la propia identidad personal. Siendo el ser humano una realidad encarnada, el conocimiento de cada uno de los aspectos de la corporeidad favorece su identidad. Así, desde la infancia, en cada ser humano la aceptación de su propio cuerpo influye considerablemente sobre la autoestima y permite configurar una personalidad normal, en la medida en que haya armonía en el crecimiento y perfección de las dimensiones exteriores e interiores del sujeto. Esto significa que el cuerpo (la corporeidad) es parte constituyente de la situación existencial de cada persona: mi cuerpo es el cuerpo que yo vivo, que yo experimento, que yo soy. (Ibíd.: 213-214).

En definitiva,

(...) la corporeidad manifiesta la historia personal de cada ser humano: el cuerpo es expresión de la persona. Cada parte de nuestro cuerpo muestra de alguna manera lo que somos, lo que hemos vivido, lo que deseamos y amamos, lo que hemos sufrido. El cuerpo humano graba, por así decirlo, nuestra historia, al dejar las huellas de nuestras alegrías y de nuestras tristezas, de nuestros aciertos y de nuestros fracasos, de nuestros amores y de nuestros desamores (Ibíd.: 214).

La acción pedagógica, por tanto, debe tener en cuenta lo afirmado anteriormente; la dimensión o esfera somática es determinante en la construcción de la personalidad del educando.

Atención a la dimensión psíquica

El puente entre la dimensión corporal y la espiritual lo constituye, como hemos visto, la dimensión psíquica. En la actividad pedagógica, esta dimensión está, como la corporal y la espiritual, siempre presente. Es por ello que, teniendo en cuenta el enfoque de Frankl, debemos precisar el modo de desarrollar una educación integral e integradora que tenga en cuenta todos los aspectos de la realidad psíquica y emocional del ser humano.

Por ejemplo, es imprescindible (Aranguren, 2003: 135), tener en cuenta los factores que influyen de un modo determinante en la percepción de la realidad humana: el ambiente, las emociones, el estado físico y la conducta. El ambiente y el estado físico tienen relación directa con la dimensión corporal. Las emociones y la conducta tienen su fundamento en la dimensión psicológica del ser humano. Conocer la estructura psíquica y emocional del educando es indispensable en todo el proceso educativo; la enseñanza no puede reducirse al ámbito

intelectivo o volitivo, debe partir de la realidad psicológica del sujeto, porque ella le condiciona su comportamiento, su conducta:

Tarea importante de la educación será ayudar a los educandos para que alcancen el equilibrio de su personalidad; este equilibrio se logrará en la medida en que los tres factores mencionados antes (inteligencia, voluntad y afectividad o sentimientos) se desarrollen armónicamente, evitando el excesivo protagonismo de cualquiera de ellos, o por la ausencia de alguno de ellos; por tanto, debemos evitar tanto el exceso como el defecto (Acosta Sanabria, 2010: 220).

Sobre la relación existente entre las dimensiones somática y psíquica, Frankl explica que debemos considerar que aunque el modo de ser de cada persona no puede reajustarse biológicamente, porque en ese ámbito está terminado, si caben reajustes psicológicos que pueden realizarse y/o corregirse por la vía pedagógica:

(...) cabe, en efecto, una «compaginación» en forma de reeducación del niño. Esta reeducación cambia el modo de ser del niño. Pero este otro modo de ser no obedece tanto a la voluntad de los padres, sino a un deber moral que el niño vive como tal. Con otras palabras: esta posteducación de un ser humano es propiamente una autoeducación, una autodeterminación. Si entendemos por vida la existencia corporal, la vida de un niño es obra de sus padres; pero si no entendemos por vida la existencia corporal, sino el modo de ser espiritual (= esencia), y, por tanto, no el nivel biológico, sino el biográfico, la vida de un ser humano es en realidad su propia obra vital (1987: 140).

Este tiene consecuencias prácticas a la hora de enfocar y orientar la educación de cada ser humano. Cada persona ha de determinarse a sí misma, ha de procurar alcanzar la meta que se ha propuesto de acuerdo a su visión del mundo y de la realidad. La función de los educadores (padres, docentes...) no es otra que “posibilitar la autorrealización” de los educandos (Ibíd.: 141).

Atención a la dimensión espiritual

Según Frankl, la esfera espiritual es la dimensión fundante y constitutiva de la persona humana; es lo que define primariamente al ser humano. Es importante aclarar, sin embargo, que no identificamos el espíritu con la simple capacidad de pensar o razonar, porque pensamos que la dimensión espiritual es radicalmente una dimensión fundante de la persona humana.

Como una aplicación concreta de lo expresado hasta ahora, podemos afirmar que sólo el ser humano puede ser sujeto adecuado de educación, por cuanto sólo él es poseedor privilegiado de la dimensión espiritual (San Cristóbal, 1965: 76).

Además, la educación es posible en cuanto que el ser humano, que es espíritu, está abierto por su libertad ontológica, al proceso de su propia constitución y perfección:

La única parcela del ser humano que admite perfectividad es aquella que por su misma esencia es flexible y dúctil. Sólo el espíritu posee la inteligencia y la libertad perseguida por la educación. La espiritualidad es la primera condición de la educabilidad (Fermoso, 2000: 243).

La espiritualidad de la persona implica que el desarrollo humano supone la capacidad de decisión, la libertad. Y esa libertad, obviamente, no es absoluta: existen unos condicionantes corporales y psíquicos que no pueden eludirse, pero cada ser humano puede asumir o no esos condicionantes. Esto significa que la libertad no supone la ausencia de condicionamientos, sino que se expresa en la actitud que se tiene ante ellos:

De manera que la libertad es uno de los fenómenos humanos. Pero también es ella un fenómeno demasiado humano. La libertad humana es libertad finita: el hombre no es libre de condicionamientos, sino que es libre solamente respecto a la actitud como ha de asumirlos. Pero el hombre no está determinado inequívocamente. Pues, finalmente, le incumbe a él decidir si se deja vencer, si se somete a los condicionamientos (2011: 150).

Eso significa que el ser humano es un ser que no solo es, sino que, además, “decide lo que es”, no se contenta simplemente con ser, sino que decide lo que quiere ser. Esa decisión es la que debe favorecerse en todo proceso educativo, porque la naturaleza humana está proyectada al sentido y eso se traduce en construcción de posibilidades, en decisiones. “La búsqueda del sentido es la realización de los valores, y en la medida en que tales valores son asumidos por el hombre, es autorrealización” (Mèlich, 1994: 99). El sentido no puede ser impuesto desde fuera de la persona: es el educando el que tiene el deber de encontrarlo: “No podemos enseñar valores, debemos vivir valores. No podemos dar un sentido a la vida de los demás: lo que podemos brindarles en su camino por la vida es, más bien y únicamente, un ejemplo: el ejemplo de lo que somos” (2011: 32).

De ello se deduce la imperiosa necesidad de respetar la autonomía de cada educando en todo momento; cualquier imposición que afecte la realización personal, que condicione “espiritualmente” al alumno debe ser rechazada. Además, teniendo en cuenta la “totalidad” de cada persona (la visión completa desde todas las dimensiones humanas), el educando debe encontrar él mismo, con la ayuda, más no imposición, de sus educadores o tutores el objetivo final, la referencia última de su realización como ser humano. En todo proceso educativo debe favorecerse el desarrollo de las potencialidades del educando para que pueda responder, gradualmente, a los dictados de la razón, a usar sus habilidades, destrezas y conocimientos con seguridad y a desarrollar sus capacidades emocionales.

Lo anterior lleva a considerar la importancia de entender que la educación ha de estar vigilante para lograr que el educando alcance el grado suficiente de libertad, libertad que incluye el sentido de responsabilidad personal: porque cada ser humano ha de responder a las exigencias del propio sentido de su vida. Por ello, no dudamos en afirmar que para Frankl es la responsabilidad la finalidad educativa fundamental. Eso tiene o debe tener consecuencias directas en cualquier proceso educativo y en cualquier circunstancia humana. El ser humano no

alcanza su plena realización, el pleno sentido de su vida si no es responsable, si no decide con libertad y responsabilidad, si no asume las consecuencias de sus acciones libres. Insistimos que el educador debe entender que su función pedagógica debe favorecer el ejercicio pleno de la libertad, dejando que cada educando asuma con responsabilidad las riendas de su vida.

Referencias Bibliográficas

- Acosta Sanabria, R. (2010). *La educación del ser humano. Un reto permanente*. Caracas: Unimet.
- Aranguren Echeverría, J. (2003). *Antropología filosófica*. Caracas: Mc Graw Hill.
- Frankl, V. (1987). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder
- Frankl, V. (1990a). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (1990b). *Ante el vacío existencial*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (2001). *Psicoanálisis y existencialismo. De la psicoterapia a la logoterapia*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (2011). *La voluntad de sentido*. Barcelona: Herder.
- Fermoso, P. (2000). *Teoría de la Educación*. México: Trillas.
- Hartmann, N. (1986). *Ontología III. La fábrica del mundo real*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mélich, J. C. (1994). *La construcción del sentido del sufrimiento y la muerte. Antropología filosófica y filosofía de la educación en Viktor E. Frankl*. Revista Enrahonar, N° 22, PP. 93-103. Disponible en: <https://ddd.uab.cat/pub/enrahonar/0211402Xn22/0211402Xn22p93.pdf>.
- San Cristóbal, A. (1965). *Filosofía de la Educación*. Madrid: Rialp.
- Scheler, M. (1964). *El puesto del hombre en el cosmos*. Buenos Aires: Editorial Losada.

